

Fredrika su padre era un monstruo, y en todas sus novelas aparecerá como un fantasma aborrecible, un déspota irracional que arruinará la vida de las mujeres que estén bajo su poderío intocable. Más tarde, en sus novelas, Fredrika ganará muchas batallas mediante la descripción, o mejor la evocación, de su propio padre.

La niña Fredrika era indomable y profundamente desdichada. Su hermana Charlotte cuenta el terror que no sólo su padre le inspiraba sino también su madre, que era muy rígida y poco comprensiva. El refugio de las niñas era la vieja Lena, el aya finlandesa que se ocupaba de ellas y que, como era común en la época entre los ricos, estaba más cerca de las niñas que su propia madre. Fredrika siempre se expresaría sobre Lena con una profunda afección.

Por las mañanas las niñas tenían que dar los buenos días presentándose correctamente ante la madre: caminaban hasta ella y, haciéndole una reverencia, le besaban la mano. Si el espectáculo no salía bonito, había que repetirlo. Charlotte cuenta en sus memorias cómo a la pobre Fredrika siempre le salían mal estas reverencias, tropezaba, se entretenía, se enredaba en la falda, no se paraba en el sitio conveniente y arruinaba aquella representación de buen gusto, teniendo obligatoriamente que repetir una y otra vez el desfile y las reverencias hasta que se convertían en una verdadera humillación.

Fredrika era una niña contestona, y sus «respuestas impertinentes» al padre desataban su temible ira. Se robaba los cuchillos y apuñaleaba los muebles. Se robaba las tijeras. Una vez se encerró en un cuarto, cortó el forro de los muebles y les puso parches que sacó de sus propios vestidos. Cuando empezó a gustar a los hombres, el padre se ocupó minuciosamente de ahuyentar a todos los pretendientes. En una temporada en Arsta, la joven Fredrika se enamoró de un sargento que el padre también aterrorizó, y que en una larga noche de llanto le hizo sentir la voluptuosidad de la añoranza. Fredrika, que vio y conoció mucho más que la mayoría de las mujeres de su época y condición, no conoció jamás las sensaciones del amor erótico.

Karl Erik Bremer, aunque autoritario y autócrata, no escatimó a la hora de brindarle una valiosa instrucción a sus niñas. Fredrika tuvo una institutriz francesa, una maestra de música, dos maestros de dibujo y un maestro de baile. Además, aprendieron el alemán y el inglés. El objeto de esta educación era la obtención de señoritas casaderas con gran capacidad de amoldarse y agradar, adornos ilustrados para casas distinguidas; pero un temperamento como el de Fredrika asimilaría aquellos conocimientos de la manera más creativa que pueda concebirse. Fredrika lee novelas, hace planes detallados para escaparse de casa y enrolarse, vestida de varón, en la guerra contra Napoleón. Se siente confinada en una vida que no le permite desarrollarse como ser humano, con la autoridad de sus padres dándole la sensación de estar cubriéndose de moho. La desesperación de sus primeros años se resume con estas palabras suyas: «Ellos trataban de doblegarme y someterme con su severidad, o si no ridiculizando mis sentimientos y mis pensamientos. Fui bastante desdichada en mi

primera juventud, y vehemente como yo era en todo, preparé muchas veces la forma de quitarme la vida, de arrancarme mis propios ojos...»

Fredrika se refugia en la religión y empieza a desarrollar un sentimiento de autosa-
crificio, casi de autodestrucción, en aras de mitigar el dolor de los pobres y los enfer-
mos. Esto, paradójicamente, en vez de desmembrar su personalidad y convertirse en
negación del propio ser, lo que hizo fue afinar y consolidar su carácter.

Agathe, que siempre fue débil y enfermiza, requiere ahora sus cuidados y Fredrika
se pasa una temporada con ella en el castillo de Arsta. Es el invierno de 1826-27.
Fredrika no sólo cuida a su hermana sino que despliega una incansable actividad
altruista en toda la comarca, donde no faltan los pobres y los necesitados. Retenga-
mos en la memoria esta actitud maternalista de Fredrika de ser caritativa con los
desposeídos y aliviar, por medio de limosnas, las penas de los que sufren, ya que
esta concepción condicionaría su modo de abordar el problema de la esclavitud en
América. Tanto en los EE.UU. como en Cuba, Fredrika compararía constantemente
la situación de los esclavos con la de los pobres en Suecia, e incluso llegaría a la
conclusión de que los negros, teniendo un amo virtuoso, no lo pasaban tan mal. Co-
mentando su papel de bienhechora aquel invierno en Arsta, Fredrika dice: «Yo disfru-
taba de exponerme y sufrir con el frío, las tormentas, las nevadas, incluso el hambre,
pues la comida que llevaba conmigo, en mis caminatas, se la daba a los pobres. Lu-
chando contra los rigores de la naturaleza sentía el placer de la fuerza moral que
nacía en mi ser.» No es extraño, pues, que, con tal escuela de coraje y firmeza, Fredri-
ka Bremer se lanzase más tarde a las vicisitudes de sus largos viajes.

El 23 de julio de 1830 fue una día malo y bueno para ella: su padre muere y Fredri-
ka no oculta, en medio del luto y la tristeza, una profunda sensación de haberse libe-
rado de un yugo. Ese mismo año apareció la segunda parte de su libro *Escenas de
la vida diaria*, que es una evocación romántica del hogar burgués sueco de las prime-
ras décadas del siglo pasado. La primera parte había aparecido en 1828 bajo pseudó-
nimo, pero ahora la joven autora ganaba en confianza y era toda una celebridad. Su
novela *La familia H* plantea ya con bastante claridad la problemática que sería la
misión histórica que Bremer se impondría cada vez más radical y clarivamente
y que culminaría con su novela *Hertha* en 1856: la emancipación de la mujer. No
es una casualidad que en *La familia H* aparezca un padre que es un coronel, férreo
y autócrata. La esposa, buena y algo ridiculizada en la descripción, tiene que vivir
en una ominosa sumisión.

En 1831 Fredrika se va a vivir a Kristianstad con su recién casada hermana Charlot-
te y allí conoce a Per Johan Bökling, un hombre culto, generoso y modesto que ejerció
gran influencia sobre ella. En su condición de maestro, Bökling puso en orden mu-
chas de las inquietudes intelectuales y religiosas de la escritora. Estudiaron literatura
clásica, discutieron los diálogos de Platón y los dogmas religiosos. Bökling fue uno
de los pocos seres del sexo opuesto que se ganó la confianza total de Fredrika en
esta etapa de formación. Pero a la larga el maestro se quedó chiquito frente a la

alumna. Fredrika poseía el don de la inteligencia crítica y el duendecillo de la curiosidad. Dudaba. No se conformaba. Ni siquiera en el aspecto religioso le fueron suficientes las enseñanzas del buen Bökling, quien dicho sea de paso, no pudo más que enamorarse de Fredrika en medio de tanta pedagogía, y pidió su mano. Pero ella, no sin desgarrarse mucho ante esta situación, declinó la oferta delicada pero firmemente. Más tarde, en 1861, él le escribiría quejándose de la incompatibilidad que los separaba: «Tú llevas la iglesia en la inteligencia, yo en el testamento del Señor; tú, en la esperanza, yo en la realidad; tú eres idealista, yo realista». De esta manera el realista Bökling terminaría su brillante carrera siendo un venerado cura de pueblo, mientras que su idealista alumna se convertiría nada menos que en Fredrika Bremer.

Durante los años treinta y cuarenta la fama de Fredrika se consolida. Aparecen sus novelas *Los vecinos* (1837), *El hogar* (1839), *Vida de hermanos* (1848) y otras. Su compromiso por la liberación de la mujer va madurando. Para dar una somera idea de la situación legal de la mujer sueca en los tiempos de Fredrika, baste decir que las mujeres solteras carecían de mayoría de edad legal. Eso significaba que la legislación familiar ponía a la mujer soltera *de cualquier edad* bajo la tutela de algún hombre, su padre u otro tutor. Es decir, que cada soltera estaba sujeta a la voluntad de algún hombre en lo referente a matrimonio, instrucción, empleo, modo de disponer de su propia riqueza, etc. Sin embargo, la mayoría de edad podía ser obtenida, previa solicitud, por solteras con cierta fortuna y oficio propio. En el caso de Fredrika, que como sabemos nunca se casó, su tutor fue, a partir de la muerte de su padre, su hermano, y cuando éste murió Fredrika solicitó su mayoría de edad legal, apoyada por varios señores de importancia, y la obtuvo ya en 1840. Es decir, que la escritora, antes de su viaje a América, ya podía disponer de su dinero y destino. También las viudas podían obtener la mayoría de edad, como fue el caso de la madre de la escritora.

En el plano de los sexos, la discriminación no estaba sancionada solamente por la ley, sino también por la ciencia médica y por la iglesia. La propaganda de la doctrina luterana representaba a la mujer como un ente de escaso valor en todos los sentidos, de modo que no era posible hacer de ella un ser socialmente positivo más que bajo la tutela de un hombre. La cultura, la sociedad, la historia, se presentan como creaciones exclusivamente masculinas. El único ámbito donde la mujer podía hacer un aporte era en la sumisión sublime del desprendimiento maternal, la dedicación a la felicidad y la paz del matrimonio amoldándose en todo a los requerimientos de su esposo.

Pero la cuestión de la mujer se debatía intensamente en Suecia. En 1839 apareció un librito que cayó como una bomba en la sociedad sueca: *Claro que se puede*, una novela escrita en estilo realista, con descripciones plásticas, casi periodísticas, del prolifero novelista y raro personaje Carl Jonas Love Almkvist, donde propugnaba la abolición total del matrimonio y preconizaba una unión basada exclusivamente en el amor, y no en las convenciones ni los intereses económicos. Almkvist, cuya historia personal es harto escabrosa pues moriría en el exilio acusado de envenenar a un acreedor (nunca se ha resuelto el oscuro asunto de su presunta culpa), no escatimó en formula-

ciones muy duras al abogar por la formación profesional de las mujeres, por su libertad de empresa, por el otorgamiento a la mujer de todos sus derechos jurídicos y políticos. Fredrika se opone al radicalismo de Almkvist; ella cree en las posibilidades del matrimonio y del hogar.

Al principio Fredrika piensa que la liberación de la mujer debe partir de la profundidad de su ser y realizarse en la esfera de la vida privada, todo esto sin tener en cuenta las relaciones con la totalidad del contexto social. Poco a poco tiene, sin embargo, que plantearse si una emancipación interior es posible sin subvertir la posición de la mujer en la totalidad de la vida social y política. Hasta fines de los años cuarenta el aporte de Fredrika a la causa de la mujer había sido indirecto, reflejado en sus obras. Al regresar de América su pensamiento se hará más conciso y radical.

En su condición de mujer sola y para colmo famosa, Fredrika recibió no sólo alabanzas por un lado y dura resistencia a sus ideas por otro, sino también el interés erótico del mayor poeta sueco vivo en aquel momento, Esaías Tegnér, a la sazón miembro de la Academia Sueca, sesentón y Obispo de la ciudad de Växjö. Tegnér flirtea con Fredrika y la corteja impertinentemente. La provoca diciéndole que «el corazón de una mujer sensible y bien organizada» tiene que tener otros amores más que el de Dios y el de la Patria. Fredrika le invoca la santidad del matrimonio (el poeta-obispo era casado) y él responde que la monogamia es y siempre será una institución que va en contra de la naturaleza. La relación epistolar entre Tegnér y Fredrika revela, por parte de ella, a una mujer madura que está segura de no querer enredarse en trajines eróticos, tanto por razones religiosas como por mantener su libertad; recordemos que cuando su maestro Bökling le propuso casarse ella le escribió con toda honestidad: «El manejo doméstico de una casa sueca no puede marchar bien con el reino de la fantasía». Tegnér insiste; le dice: «Concedo que es indigna y humillante la idea de que todo el valor de una mujer no esté en su corazón, sino unas pulgadas más abajo...» Lo que separa a estos dos literatos no es la edad, ni siquiera la lujuria del hombre que se frustra ante la indiferencia de la mujer, sino una distancia histórica insalvable: Fredrika representa los tiempos que vendrán, con una nueva visión de los sexos, mientras que Tegnér representa la babosería reaccionaria y los prejuicios que aún hoy día se sienten tan presentes. Fredrika le sigue la corriente, lo deja que se explaye pero siempre lo mantiene a raya. Ella buscaba otra cosa, quería opiniones sobre cuestiones que la inquietaban. ¿Cómo podían existir, juntas, la bondad infinita de Dios y la maldad humana? ¿Cómo explicar la injusticia del mundo y qué hacer? El poeta no abordó estos problemas sino hurañamente y con irritación, pues ya sabemos qué buscaba el Obispo de Växjö en nuestra Fredrika. Otra divergencia acusada entre ellos es el pesimismo retrógrado de Tegnér, que sólo ve desgracias en los movimientos sociales de la época y se amarga ante el desmembramiento de las buenas costumbres de antaño, mientras que Fredrika cree en el futuro y no oculta sus esperanzas.

En 1848, Fredrika está preparada al fin para realizar su anhelado viaje a los EE.UU. Ha leído todo lo que puede sobre el Nuevo Mundo, sobre sus instituciones, defectos